

II.

CONDICIONES FORMALES.

La ciencia se encarna en un *sistema*. Sabemos que las condiciones que debe satisfacer un sistema son unidad, variedad y armonía, que corresponden punto por punto al todo, á las partes y á sus relaciones. Ante toda division, apliquemos cada una de estas condiciones á la ciencia considerada en su conjunto.

1.—Unidad de la ciencia.

La ciencia desde luego debe ser *una* ó debe tener *unidad*. Es necesario que todos nuestros conocimientos, cualesquiera que sean su objeto y su origen, formen un sólo y mismo *todo*, un *corpus doctrinarum*, sin solucion ni contradiccion. Y como el conocimiento contiene la distincion de sugeto y objeto, la ciencia, que se compone de conocimientos, debe ser *una* bajo este doble punto de vista.

Bajo el punto de vista *subjetivo*, es menester que todos nuestros pensamientos, por diversos que sean, se resuman en uno sólo y mismo *pensamiento* ó formen en el espíritu un concepto único, abrazando todos los conceptos posibles que se encuentren en la conciencia humana. Expliquemos con un ejemplo este punto. Todos los conceptos matemáticos se concentran en la idea de cantidad, todos los conceptos sociales en la idea de humanidad, todos los conceptos físicos en la idea de naturaleza, todos estos conceptos juntos en la idea del Universo. Si poseyéramos, pues, la ciencia completa del Universo, veríamos que todos nuestros conocimientos relativos á los cuerpos inorgánicos ú orgánicos, á los espíritus y á los hombres, á las leyes y á las costumbres, al tiempo y al espacio, son fases diversas de un sólo y mismo pensamiento, considerado ya en su esencia ó en sus manifestaciones, ya en sus formas ó en sus partes constitutivas. Pero aqui no se trata de un orden especial de conocimientos, históricos ó filosóficos, matemáticos ó naturales; se trata de la ciencia una y entera, como sistema del conocimiento humano en toda su extension. Parece que el pensamiento del Universo no es bastante vasto aun, para reunir en un haz todos nuestros pensamientos, porque tenemos además conocimiento de lo infinito, de lo abso-

luto, del sér puro y simple, de Dios, y estos conocimientos nuevos, legítimos ó nó, no proceden de la idea del Universo. Cualquiera que sea la unidad en el espíritu, es una condicion de la unidad de la ciencia.

Bajo el punto de vista *objetivo*, es preciso que el objeto de la ciencia sea *uno* en sí mismo, independiente de nosotros, *uno* y *el mismo* para todos, en todos tiempos y en todos lugares; en otros términos, conviene que exista un *sér*, que sea todo el Sér, que sea el *Sér de toda realidad*, que contenga de alguna manera en sí todo lo que es, y fuera del cual no exista nada. Si la realidad estuviera dividida en dos ó varias partes sin relacion entre sí ó independientes unas de otras, claro está que el objeto del pensamiento careceria de unidad y que la ciencia seria imposible como sistema. Una separacion en la realidad que pusiera las partes unas fuera de otras, sin nada que las uniera, equivaldria á una contradiccion en los pensamientos; una y otra destruirian el encadenamiento y la unidad de las cosas; porque los elementos separados no forman un todo sistemático, sino una coleccion, una suma, una pura agregacion. Sin relaciones no hay union ó armonía.

En fin, como el conocimiento debe ser verdadero para ser científico, y la verdad es una relacion adecuada entre el sugeto y el objeto, es preciso tambien que la unidad subjetiva de la inteligencia coincida con la unidad objetiva de la realidad; esto es, que el pensamiento uno y entero que está en nosotros, refleje exactamente el Sér uno y entero que es superior á nosotros, ó que es el concepto mismo de toda realidad. De este modo seria la verdad una y entera, porque todas las verdades particulares resplandecen. La verdad seria única como la ciencia, y la ciencia seria la evolucion de esta verdad fecunda.

Decimos enseguida para salir de las abstracciones, que el Sér de toda realidad ha recibido un nombre en todas las lenguas: nosotros le llamamos *Dios*. En efecto, el concepto de Dios es el del Sér uno y entero, *ens realissimum*, que es *todo* de una manera pura y simple, y que comprende en su esencia todo lo que es determinado. Por eso se dan á Dios los atributos de lo infinito y de lo absoluto, que son inseparables de su unidad. Porque si el sér fuera sólo y único, no sabria ser limitado por *otro*; siendo, pues, sin límites, esto es, *infinito*, y siendo sólo y único, no depende de otro; es, pues, sin condicion, esto es, *absoluto*. Dios es, pues, el sér uno, infinito, absolu-

to, objeto total del pensamiento. Por eso no afirmamos ahora la existencia de Dios, porque ignoramos aún si el concepto que tenemos de Dios posee un valor objetivo; pero tenemos el derecho de afirmar que la unidad de la ciencia, como sistema, reside en Dios, y que en consecuencia, la existencia de Dios es una condición de la ciencia. El nombre de la ciencia no es, pues, *ateísmo*, como anuncian los críticos modernos, sino *teísmo*; porque la suerte de la ciencia está ligada á la existencia de Dios. Si Dios no existe, no hay de ningún modo punto de unidad, no hay sino una colección de seres finitos, aislados ó separados unos de otros. Si Dios no existe, la ciencia es imposible como sistema.

La unidad de la ciencia se expresa en el concepto del principio. Se entiende por *principio* lo que es lo primero en el orden de las existencias, lo que está más elevado en la gerarquía de los seres, lo que sirve de *razón* ó de *fundamento* á todo lo demás; hé aquí por qué todo lo que es demostrable, debe ser demostrado. Así es como el principio de la geometría es el espacio, porque toda la geometría se concentra en la idea del espacio, cuyo descubrimiento presenta, y porque todos los teoremas se demuestran por las dimensiones de la extensión y por las propiedades de estas dimensiones. De la misma manera la mecánica tiene por principio el movimiento; la botánica y la zoología, el organismo vegetal y animal; la moral, el bien; la estética, lo bello; la economía política, la riqueza. Cada ciencia particular se resume en un principio que constituye su unidad. Pero aquí es cuestión de la ciencia en general. Según lo que precede, es Dios quien hace el papel de principio para la ciencia, considerada en toda su extensión. El concepto de Dios coincide exactamente con el concepto del principio de la ciencia. La sola dificultad está en saber si este principio es ó no real.

La unidad subjetiva de la ciencia es ahora la noción del principio, que abraza todos los conocimientos nacidos en nuestra conciencia; la unidad objetiva es el principio mismo, como principio de todo lo que es. Bajo el primer punto de vista, el principio es la razón de nuestras concepciones ó de nuestras representaciones internas, es el principio de conocimiento, *principium cognoscendi*; bajo el segundo, es la razón de los seres ó de las realidades, es el principio de existencia, *principium essendi*. Estos dos puntos de vista deben adaptarse el uno al otro para que haya verdad; es, pues, preciso que el concepto del principio esté conforme con el principio. Y como

el conocimiento es también algo determinado, que exige una razón de su existencia, se necesita además que el principio de su existencia sea el mismo principio del conocimiento, ó que el concepto del principio encuentre su fundamento en el principio de todas las cosas, si no habría dos principios, uno para el mundo del pensamiento, otro para el mundo de la realidad, y la ciencia carecería de unidad.

Si la ciencia es posible, el espíritu debe poder conocer el objeto uno y entero del pensamiento como principio único de toda realidad, y el principio de toda realidad como el principio de todo conocimiento. La ciencia en este caso sería verdaderamente *una*, puesto que el principio del pensamiento sería idéntico al principio de todas las cosas, y porque así, todo en nosotros, y fuera de nosotros, tendría una sola y misma razón. Tal es la primera condición de la ciencia, como sistema único del conocimiento (1).

Importa no confundir el *principio* con el *punto de partida* de la ciencia. El uno es el principio, y el otro es el fin del movimiento ascendente de la inteligencia. El punto de partida es la primera verdad que conocemos con certeza, el principio es la verdad última, ó más bien, la verdad una y entera en que se apoyan las demás. Si la ciencia puede terminarse, encontraremos el punto de partida en el *yo*, el principio en *Dios*. El punto de partida es una necesidad subjetiva inherente á la limitación de nuestra naturaleza; porque si Dios existe, Él es á la vez el principio y el fin de la ciencia, ya que Él es el principio; pero véase precisamente lo que está en cuestión para nosotros, que vivimos en la ignorancia, y tenemos que aprenderlo todo. Fuerza es, pues, empezar en la ciencia por lo que nos es inmediatamente conocido, esto es, por nosotros mismos, y remontar en seguida de pensamiento en pensamiento hasta el origen de las existencias, hasta Dios, que será al mismo tiempo el principio del *yo*. En este sentido, el punto de partida es la base *subjetiva* ó el origen de nuestros conocimientos, mientras que el principio es la base *objetiva* ó la razón. Ambos fijan los límites del método. La marcha del pensamiento del punto de partida al principio, es el análisis; la vuelta del principio al punto de partida, es la síntesis. Compréndase ahora por qué el análisis precede á la síntesis, y por

(1) *Lógica*, tom. 1.º, lib. 4.º, la legitimidad del conocimiento.

qué el análisis, en la averiguación del principio, procede por intuición, mientras que la síntesis, en posesión ya del principio, procede por deducción.

2.—Variedad de la ciencia.

Pero la unidad no es la sólo condición del sistema científico. La ciencia debe también tener por una de sus condiciones la *variedad*, un contenido múltiple ó diversas partes que puedan reunirse en un todo. Si el principio encerrara una verdad vacía y estéril, no sería tal principio. La ciencia fundada sobre tal principio, no tendría ninguna división ni ninguna *plenitud*, y parecería un organismo sin órganos. Es menester, pues, que la ciencia presente diversidad de aspectos ó puntos de vista que le impriman movimiento, haciéndola fecunda; además, es menester que esta diversidad afecte á la vez al sugeto y al objeto del conocimiento.

La *variedad subjetiva* consiste en los diversos órdenes de conceptos, conocimientos ó teorías que entran en la concepción completa del principio. El objeto de cada ciencia, convenientemente aclarada, se descompone en elementos que forman la materia de otros tantos libros ó capítulos. De este modo, el estudio del espacio, comprende tres teorías principales, considerando cada dimensión en sí misma, haciendo abstracción de las otras ó combinándolas dos á dos ó tres á tres. Así la aritmética se divide naturalmente en tres partes, ya considerando los números en sí mismos, ya en sus relaciones por diferencia ó por cociente, ya en fin, en la combinación de estas relaciones, de que resultan las proporciones y las ecuaciones.

La *variedad objetiva* consiste en los diversos órdenes de seres, propiedades, fuerzas, leyes ó formas que llenan el mundo ó están contenidas en la realidad entera. Así distinguimos en el conjunto de las cosas, los espíritus y los cuerpos, los cuerpos orgánicos é inorgánicos, los cuerpos simples y compuestos, los metales y los metaloides, los vegetales y los animales, las leyes físicas y morales y las formas del espacio, del tiempo y del movimiento.

La *verdad* exige que estos dos órdenes del pensamiento y de la realidad se armonicen entre sí, que la diversidad de las cosas se comprenda tal cual es, de manera que cada determinación del ser, venga á ser el objeto de una parte determinada del conocimiento.

Tantos conceptos como objetos, tantos juicios como relaciones, tantos raciocinios como combinaciones entre las cosas, correspondencia entre la série de las operaciones y la série de los objetos del pensamiento; tal es la segunda condición de la ciencia como sistema.

3.—Armonía de la ciencia.

La ciencia tiene partes, como un cuerpo tiene órganos; pero uno y otro conservan la unidad: el perfecto acuerdo de los elementos de la variedad con la unidad, constituye la *armonía* como tercera condición del sistema. La ciencia debe ser armónica: entonces está ordenada ú organizada; todo se refiere á todo, todo se une y se sostiene como en un cuerpo vivo. La unidad sin variedad, es la uniformidad; la variedad sin unidad, es la colección. La ciencia no es, ni una colección de proposiciones incoherentes, ni una repetición monótona de teoremas, sino un todo armónico, en que el contraste hace resaltar la unidad y donde la unidad brilla, hasta en la oposición de las partes. La armonía expresa la variedad en la unidad, más bien que la unidad en la variedad, como se enuncia alguna vez; porque la unidad es el principio y en la unidad están fundados los elementos de la variedad. Las partes forman la plenitud de esta unidad.

La armonía exige que la unidad y la variedad se conserven y se completen en vez de perjudicarse una á otra. Todo sacrificio de la unidad á la variedad es una disminución del todo; todo sacrificio de la variedad á la unidad es un atentado á los derechos de las partes. El todo y las partes deben quedar intactos en el sistema. La armonía no es una miscelánea, sino un conjunto de elementos contrarios. Para que la unidad se mantenga, á pesar de la variedad, es preciso que las partes sostengan las relaciones constantes entre sí y con el todo; para que la variedad se mantenga, á pesar de la unidad, es preciso que la unión que existe entre las partes no oscurezca sus caracteres distintivos ó su originalidad. La armonía de la ciencia, supone que cada parte aparece en su distinción, á pesar de estar aislada ó separada de las otras, y que se une á las otras, sin ser absorbida ó confundida con ellas en el todo.

La fórmula de la armonía, pues, es *unir sin confundir* y *distincuir sin separar*. En esta fórmula, la *unión* y la *distinción* son los factores de la armonía; la *confusión* y la *separación*, los límites ó

extremos. La union proviene de la unidad, pero conserva la variedad; la distincion proviene de la variedad, pero respeta la unidad. La confusion, al contrario, es una exageracion de la unidad, que disuelve la variedad absorbiendo las partes en el todo; la separacion á su vez es una exageracion de la variedad, que destruye la unidad por la negacion de todo vínculo entre las partes. La separacion y la confusion terminan una y otra en desórden, suprimiendo uno de los factores de la armonia: la separacion impide la union, la confusion impide la distincion, en tanto que la union y la distincion se completan, léjos de escluirse. Para que la ciencia forme un verdadero sistema, se debe establecer una doble base y evitar un doble exceso: es menester que sus partes estén á un tiempo unidas y distintas, sin que la union degeneren en confusion, ni la distincion en separacion.

La fórmula de la armonia es á un tiempo la medida de toda organizacion en el dominio de la naturaleza y en el del arte. La obra maestra de la naturaleza en la tierra, es el hombre. En ninguna parte, en efecto, se manifiestan en más alto grado los elementos constitutivos de la armonia, la unidad y la variedad, la union y la distincion de las partes. El hombre es esencialmente *uno*, un sér, un individuo, una persona, un sólo y mismo todo; pero en esta unidad el análisis descubre fácilmente una diversidad radical bajo forma de *dualidad*, la antítesis del espíritu y el cuerpo, del alma y la materia, de la vida moral y la vida física. El espíritu y el cuerpo, como veremos, son profundamente *distintos* y forman contraste bajo todos sus puntos de vista, estando además íntimamente *unidos*. Obran y se desarrollan unidos, se influyen mutuamente, son objeto y medio el uno del otro. Jamás se separan en los límites de la vida actual, jamás se confunden. Concebir este organismo y proseguirle en sus detalles, es proclamar toda la verdad sobre el hombre. Los errores capitales en la antropología nacen de la ignorancia de las verdaderas condiciones de la armonia. Además se desconoce la unidad del hombre, y entonces se consideran el espíritu y el cuerpo como sustancias separadas, yuxta-puestas, viviendo cada una por su lado, pero incapaces de unirse: tal es el *espiritualismo abstracto*, que se remonta hasta Descartes. Se olvida tambien la dualidad del hombre y entonces se borra toda distincion entre el espíritu y el cuerpo; se confunden estas dos sustancias entre sí y con el hombre, y se toma al hombre mismo, ya por un cuerpo puro, ya por un puro

espíritu: de aquí, por un lado el *materialismo*, que niega el espíritu como distinto de la materia; y por otro el *idealismo escéptico*, que desprecia la existencia de la materia como sustancia distinta del alma.

Sobre este modelo de la naturaleza humana debe organizarse la vida individual y social. Es menester que la actividad de cada uno se despliegue en toda la riqueza de sus manifestaciones morales y físicas, bajo la inspiracion comun de la razon: tal es el primer precepto de la ciencia de la vida. La *sociedad* á su vez es una asociacion de elementos diversos que corresponden á los fines del hombre, apoyándose sobre la base comun del derecho ó de la justicia. La ciencia, el arte, la moral, la religion, el derecho, la educacion, la industria, son los órganos del cuerpo social. Todos estos órganos deben ser á la vez unidos y distintos; nunca separados, ni confundidos. Cada rama de la actividad social tiene derecho á una existencia propia y á un régimen conforme á su naturaleza original. Ninguna puede ser absorbida por las otras, ya por el Estado, ya por la Iglesia, ya por la industria, y ninguna puede separarse de las otras so pena de perderse, como una rama desunida del tronco. La unidad dá lugar á la centralizacion, la variedad á la libertad: conciliar las exigencias de la libertad con las de la centralizacion, hé aquí el problema de la organizacion social.

Se comprende por estos ejemplos lo que exige el sistema armónico ú orgánico de la ciencia, considerada en su conjunto. Se trata de combinar la *unidad* del principio con la *variedad* de las cosas, sin perjudicar la unidad ni la variedad, de modo que todas las partes de la realidad estén á la vez distintas unas de otras y unidas entre sí y con el todo. Si Dios existe y si el Universo contiene dos partes opuestas, un mundo espiritual y un mundo físico, como sospechamos, el problema que se ha de resolver por la ciencia entera será el mismo que el de la antropología. Las relaciones son las mismas por ámbas partes. El hombre es la perfecta imágen de Dios. Así como Dios es el Sér de armonia infinita y absoluta, el hombre es el sér de armonia en los límites y en las condiciones de la creacion. *Dios es al mundo espiritual y al mundo físico lo que el hombre es al espíritu y al cuerpo*. Como el espíritu y el cuerpo son inseparables de la humanidad fundándose en la naturaleza humana, el mundo espiritual y el mundo físico son inseparables de Dios hallando su fundamento en la esencia divina. Comprender las relaciones de

union y distincion entre Dios y el Universo, es la verdad fundamental de la ciencia erigida en sistema. Al contrario, los errores radicales que excluyen toda sistematizacion en el conjunto de las cosas, consisten ya en *separar* á Dios del Universo, ya en *confundirlés*.

Si consultamos sobre este punto la historia de la ciencia, encontraremos en que muchas de las doctrinas antiguas y modernas han tratado de separar la armonía de la realidad, pero que sus esfuerzos se han frustrado hasta el presente á causa de la dificultad en establecer un perfecto acuerdo entre los factores de la armonía. Todas las aberraciones filosóficas tienen su origen en el predominio que se concede, ya á la unidad sobre la variedad, ya á la variedad sobre la unidad. Al primer género pertenece el panteísmo; al segundo, el dualismo.

El *panteísmo* es la doctrina de la unidad pura, de la unidad exclusiva de toda variedad, esto es, de la confusion. Confunde á Dios con el mundo y al sér infinito con la coleccion de séres finitos. Disputa al espíritu y á la materia una existencia distinta y una actividad propia, niega todo principio de individualidad y por consiguiente de libertad, sólo vé en todo y en todas partes la sustancia divina con sus atributos necesarios y sus modificaciones perecederas. No hay más que una sola y misma esencia que se desenvuelve fatalmente en el mundo y engendra como fenómenos todas las existencias individuales. Dios es el todo, la suma de todo lo que es, τὸ πᾶν. Se vé que el panteísmo tiene afinidades con el materialismo y con el idealismo escéptico. Estas tres doctrinas proclaman igualmente la unidad de sustancia, considerada como incompatible con la variedad, y la aplican ya á Dios, ya al hombre. Además el panteísmo puede revestir ya una forma materialista, ya una forma idealista, segun que Dios se identifique con la naturaleza ó el pensamiento. Puede ofrecer además una forma más compleja y más sábia, como doctrina de la identidad de la naturaleza y del pensamiento.

El *dualismo* es la doctrina de la variedad pura, de la dualidad exclusiva de toda unidad, esto es, de la *separacion*. Separa á Dios del mundo y lo infinito de lo finito. Desenvuelto lógicamente, instituye dos principios absolutos y enemigos, un principio de bien ó de luz y un principio de mal ó de tinieblas. Cada uno de estos principios tiene sus ministros ó sus ángeles y su imperio, llámeseles Ormuz y Ahriman, Dios y Satan, ó el Espíritu y la Materia. Están

representados en el hombre por el espíritu y el cuerpo, y en la sociedad por el poder espiritual y el poder temporal, es decir, por la Iglesia y el Estado. Aquí reinan la lucha de los elementos y la tendencia hácia el individualismo, mientras que tenemos luego la centralizacion de las fuerzas y la tendencia hácia el comunismo. Al dualismo se opone el espiritualismo abstracto, que considera el alma y la materia como sustancias separadas en el hombre, la una noble y divina, la otra vil y bestial, y que frecuentemente vienen á parar en la concepcion ascética de la vida, esto es, en el menosprecio de la materia, de la familia y del mundo.

El dualismo y el panteísmo no son sistemas armónicos, puesto que rechazan uno de los elementos de la armonía. Son, pues, ambos falsos y exclusivos, si la ciencia es el conocimiento organizado. Pero nos engañaríamos al creer que carecen de toda verdad. Es imposible al espíritu humano, tal como está constituido, perseverar en una vía absolutamente falsa. En general las doctrinas que encontramos en la historia tienen á la vez una *base positiva* y una *base negativa*: afirman una cosa y niegan otra. Pero para ser imparcial es menester reconocer que cada doctrina hasta el presente posee en conjunto una parte de verdad y una parte de error, correspondientes á su doble base, es decir, que es verdadera en su base positiva y falsa solamente en su base negativa. El panteísmo afirma la unidad y tiene razon, pero niega la variedad injustamente; como el dualismo, tiene razon al afirmar la variedad, pero la pierde al negar la unidad. La misma observacion puede hacerse sobre el materialismo y el idealismo. Una doctrina proclama siempre algun principio justo, pero cae en el error y en el exclusivismo desde que exagera este principio, y desconoce el otro aspecto de la verdad. Para obtener la verdad entera, es menester completar el principio del panteísmo por el del dualismo, la unidad por la variedad, pero entónces el nombre del sistema armónico de la ciencia no es panteísmo ó dualismo: es *panenteísmo*, que se debe decir τὸ πᾶν ἐν τῷ θεῷ, segun las palabras de San Pablo *in Deo sumus, vivimus et movemur*.

El panteísmo, en efecto, es la doctrina que, afirmando á la vez la variedad de las cosas y la unidad del principio, coloca la variedad en la unidad ó considera el mundo espiritual y el mundo físico como dos órdenes de séres que son á un tiempo distintos entre sí y distintos de Dios, unidos entre sí y unidos á Dios.